

**Carmen Cadenas de Llano James**

**MEDITACIÓN ANTE EL SANTÍSIMO CRISTO DE LA  
CARIDAD EN SU TRASLADO AL SEPULCRO**

Sevilla, 1 de ABRIL de 2006

**N**os hemos reunido esta noche en el silencio y la oración. Jesús, el Señor, ha muerto en la cruz, y nosotros estamos aquí movidos por la fe, por el agradecimiento, por el amor. Porque su cruz, su sangre, su muerte son la fuente de nuestra vida, la luz de nuestro camino, la fuerza capaz de transformarnos.

Ante Jesús muerto, ante su entrega total nos sentimos débiles y pecadores. Pero al mismo tiempo, sentimos que, gracias a Él, unidos a Él, podemos caminar, podemos avanzar, podemos vivir.

Para intentar calar algo en el misterio del amor de Cristo, es bueno empezar por mirar al crucificado: una imagen vale más que mil palabras.

Miremos esta noche la imagen de nuestro Cristo de la Caridad y leamos en ella la más sublime lección de amor que se ha dado en la historia de la humanidad.

En su cabeza –que caería si no se apoyara en un almohadón– quedan las heridas que le han hecho las espinas de la corona y que han dejado regueros de sangre en su rostro. En esa cátedra se encierran los mejores pensamientos, los proyectos más hermosos. En sus ojos se refleja la bondad y la hermosura de Dios. Pero esta cabeza tenía un precio: fue vendida por treinta monedas. Y ahora está caída, los ojos semicerrados, el rostro desfigurado, rendido de tanto amor entregado. Amor paciente, humilde, misericordioso... que vence nuestros orgullos, nuestras impaciencias, nuestras violencias. Un amor desbordante que nos enseña hasta qué punto hay que perdonar, esperar, aguantar... y dejar que Dios sea nuestra defensa y nuestra victoria.

Sus manos, que siempre se extendían para acoger a todo el mundo, las manos más fuertes, las más generosas, las más delicadas que hemos conocido. Se gastaron haciendo el bien, acariciando a los niños, curando enfermos, multiplicando panes... manos hechas para dar, para bendecir. Ahora están ahí, abiertas, agujereadas.

El pecho roto es el amor que ha llegado al derroche. En su corazón traspasado quedan las puertas abiertas de par en par para todo el que quiere acercarse a él. Del pecho abierto brota sangre y agua: todo el amor de Dios como fuente, como lugar de encuentro, como refugio seguro... Me acerco a este pecho para beber de sus aguas, para encontrarme con el amigo...

Los pies desclavados de la cruz, están también taladrados por los calvos, Esos pies, que se cansaron por los caminos de Palestinas, buscando a los pecadores y hablando del Reino de Dios, descansan ahora sobre la sábana blanca, esperando los besos de todos los que se acerquen con amor.

Eres, Señor, la imagen perfecta de la entrega, de un amor que ha llegado hasta el extremo. Tú mismo dijiste: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13).

Por eso Señor, Cristo de la Caridad, hoy queremos acompañarte, queremos manifestarte también nuestro amor, porque tú nos has amado primero, porque tú nos has salvado y libertado.

Y, para que nuestro amor se encienda en el tuyo, y para que tu salvación siga operante en nuestras vidas, queremos, ante ti y contigo, volver a recorrer el itinerario que recorriste desde el seno del Padre hasta esa sábana que ahora te envuelve, o, mejor aún, hasta el mismo seno del Padre, donde volviste y donde estás ahora.

Porque esta imagen, que contemplamos esta noche, no fue lo definitivo: tú te alzaste de la muerte y continúas vivo: tú sigues oyéndonos, mirándonos, dispuesto a caminar tras nosotros, si nos desviamos, a echarnos una mano si la necesitamos, y haciéndote presente en nuestras vidas para hacernos felices.

No nos da tiempo, Señor, de repasar todo lo que hiciste y enseñaste durante tu vida en la tierra, movido por ese amor tan inmenso que nos tienes.

Por eso, acompañándole por los pueblos y campos de Palestina, vamos a recoger solamente algunas espigas de ese buen trigo que tú fuiste sembrando y al que tú mismo te comparaste: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere...” (Jn 12, 24)

Esperamos que, con tu gracia, sean un alimento sano y nutritivo para nuestra vida.

Empezamos recordando, o, mejor, Señor, pidiéndole por ti mismo nos repitas esta noche, con tus labios agrietados y resecos, lo que enseñaste como programa de vida para quien quiere seguirle, y que tanto nos cuesta abrazar como cristiano, y, sobre todo, llevarlo a nuestra vida de todos los días.

“Felices los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia: o sea, los que no desean el poder y saben compartir lo que tienen, los no violentos, los que sienten en su carne el sufrimiento de sus hermanos, los que tienen pasión por el hombre y luchan para que todo hombre pueda vivir dignamente, los que fijan una mirada de amor sobre los demás y son capaces de comprender y perdonar sus fallos, los que son transparentes y no tiene dos caras, los que son fuente de reconciliación y pacificación en las tensiones y con su sacrificio diario dejan huellas de amor en un mundo marcado por el odio, la división y la violencia, los que son marginados o castigados por defender los derechos de los débiles y maltratados.

A todos ellos si les prometiste que experimentarían la presencia continua de Dios en sus vidas, de un Dios que es Padre – Madre, y que es capaz de llenar nuestro corazón y de hacernos plenamente felices.

También queremos pedirte, Señor, lo mismo que un día te pidieron tus discípulos: “Señor, enséñanos a orar” (Lc 11,1) y queremos volver a asir de tus labios el Padrenuestro, esa oración que, para rezarla con fruto, hay que convertirse a ella y comprometerse con ella.

Padre nuestro que estás en el cielo: no eres un Dios lejano e inaccesible, eres un Padre cercano y tierno a quien Jesús llamaba Abbá = papáito. Y no sólo eres Padre mío sino de todos los hombres. Y a todos los tratas como a hijos queridísimos, hasta entregar, por ellos, a tu Hijo Unigénito. ¿Me siento de verdad hijo tuyo, lleno de confianza y de cariño y trato a los demás como a hermanos?

Santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, hágase tu voluntad. El nombre que se ha de santificar, de alabar, de bendecir, es el nombre de Padre. Y será así, si, con nuestra forma de actuar, mostramos los cristianos que Dios es Padre de todos. “Luzca así vuestra luz ante los hombre, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en el cielo (Mt 5,9-13)

El Reino que ha de venir es ese Reino de paz, de justicia, de fraternidad que Cristo nos trajo y que se irá extendiendo por el mundo si damos testimonio de Cristo con nuestra vida y con nuestra palabra, procurando vivir las bienaventuranzas. Y la voluntad que se ha de cumplir es que todo lo anterior llegue a ser una realidad, si nosotros con tu ayuda, nos esforzamos porque sea así.

Y nos darás el pan, el perdón, el evitar la tentación y el mal, si nosotros nos comprometemos a compartir a perdonar y a trabajar por erradicar el mal de nuestro mundo.

Señor, enséñanos esta noche rezar el Padre Nuestro desde el fondo del corazón sabiendo que el Padre atenderá todas esas peticiones, cuando nosotros nos convirtamos a ellas y nos comprometamos a trabajar para que se hagan realidad en nuestro mundo.

Acompañándote por los caminos de Palestina, escuchando tus palabras y viéndote actuar, se ha hecho más fuerte su conciencia de cuanta necesidad tengo de ti, y siente el impulso de decirte algunas palabras y de escuchar que tú me dices otras.

“Señor, si quieres, puedes limpiarme” (Mc 1,40) Tú que das vista a los ciegos, oído a los sordos, palabra a los mudos, que das movimiento a los paralíticos. Tú, que sanas toda enfermedad que pasas haciendo el bien... ¡Si quieres puedes limpiarme! Mira mi corazón... en él se ven manchas, hay deformación y llagas... son residuos de lepra... y no consigo borrarlos.

Y lo deseo, Señor. Quiero que mi corazón esté limpio, para que se así te encuentres a gusto en él.

¡Si tú quieres, Señor! Aquí estoy, suplicante, humilde, confiado. Aquí estoy dejando a tus pies mis besos y mi esperanza. ¡Señor, si quieres puedes sanarme!

Y me parece escuchar tu respuesta, y que con tus labios agrietados me dices: porque como eres tu pobreza, tu miseria... por que reconoces tu importancia y acudes a mi poder... porque me buscas, porque esperas, porque crees en mi amor, porque te abandonas a mi bondad... yo te extiendo mi mano y toco tu corazón y te digo: “Quiero queda limpio” (Mc 1,41).

Otras veces, Señor, siento que necesito escuchar –y tal vez lo necesitemos todos. Lo que Marta dijo a su hermana María: “El Maestro está aquí y te llama” (Jn 11,28)

El Maestro está aquí: en el Sagrario desde donde te mira, en donde te espera. En ese Sagrario donde se ha quedado por ti, donde vive para ti, más pobre, más desconocido, más abandonado que tú. Y te llama para confiarte sus dolores, que son los dolores de todos los que sufren y que bien pocos compadecen y están dispuestos a aliviarlos; para mostrarte su ternura que tantos rechazan o miran con indiferencia. Y te llama para descansar su corazón roto en el tuyo; para pedirte que hables de Él a los que no lo conocen; que pienses en Él por los que lo olvidan; que lo acompañes por los que lo abandonan; que lo bendigas por los que lo maldicen; que lo bendigas por los que lo maldicen; que lo ames por los que lo desprecian; que le seas fiel por los que lo traicionan; que le pidas perdón por los que lo ofenden...

“El Maestro está aquí y te llama”

Responde suave, pronto, amorosamente:

“Heme aquí señor”

A veces, cuando huimos del dolor, cuando su seguimiento nos exige algún sacrificio, y estamos tentados de volverle la espalda, tendríamos que oír tu queja, Cristo de la Caridad: “¿También vosotros queréis irros?” (Jn 6,67)

Ahora, que os ofrezco la cruz, una cruz que yo he llevado, en la que he muerto por vosotros, de la que acaban de desclavarme... Ahora, que os ofrezco la Cruz para santificaros con su contacto, para acercaros más a mí... ahora que os ofrezco la prueba más grande de intimidad y confianza, ahora, que os abro mi corazón y quiero asociaros a mi misión salvadora a favor de toda la humanidad... ¿Vosotros también queréis irros? Se van ellos, los que apenas me conocen, los que apenas me aman. Pero... ¡vosotros! Mis escogidos, mis predilectos ¿también queréis irros?

Y queremos contestarte como tus discípulos aquel día: “¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68)

Y vimos que nos dices de nuevo, para infundirnos más ánimos: “¡No temáis, soy yo!”

Es cierto que me veis herido, ensangrentado, muerto... y que, si os acercáis a mí, las espinas de mi corona herirán también nuestra frente y, tal vez, llegará a nuestra vida alguna astilla de su cruz. Pero, no temáis, soy yo el que está junto a vosotros. Soy Jesús, vuestro Maestro, vuestro amigo, vuestro hermano, vuestro Redentor. ¡Acercáos! Apoyaos en mí y venceréis, porque “Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33) Soy yo, Jesús, el perdón, la misericordia, el amor.

Y de nuevo experimentamos en nosotros tu fortaleza, renacen nuestros ánimos y nos atrevemos a decir, como otro día dijo Tomás:

“Vamos nosotros también con Él” (Jn 11,16) Digámosle con generosidad, con amor, con alegría... Vamos nosotros también al encuentro de la prueba, del dolor, del desprecio, al encuentro de la cruz. Vamos nosotros también con Jesús, como Jesús, por Jesús... a abrazarnos con esa tarea que nos repugna, con el trabajo que se teme, con la dificultad que asusta, con la situación que crucifica. Aunque la naturaleza se queje, aunque el corazón se rebele, aunque la salud se quebrante... por encima de todo nuestro ser esperando que tú nos des fuerza y amor, queremos decir: “Vamos nosotros también y muramos con Él”.

Y te acompañamos, Señor, hasta Jerusalén donde vas a darnos las pruebas de amor más grandes que podríamos soñar.

Vas a Jerusalén a celebrar la Pascua, la última Pascua, la Pascua definitiva: “tu paso de este mundo al Padre” (cf. Jn 13,1)

El cordero que se comía en la Cena pascual va a ser sustituido por Tí, Cordero de Dios, que morirás en la Cruz a la hora en que se sacrificaban los corderos en el templo, Y así mismo, presente en el Pan y Vino de la Eucaristía, vas a ser el alimento en la nueva Cena pascual que sella la Nueva Alianza, en esa Última Cena en la que adelantas la muerte de una manera incruenta y sacramental. Esta maravilla que inventó tu amor para quedarte para siempre con nosotros: la Eucaristía en la que actualizan tu muerte y tu resurrección.

Permítenos, señor, que volvamos a revivir ante ti lo que realizaste en la Última Cena. Deja que nos recostemos en la mesa contigo, en el cenáculo, que contemplemos lo que haces y escuchemos lo que dices, para que esta prueba definitiva de amor nos enraíce y nos anude para siempre en u amor, Cristo de la Caridad.

Ante todo, caigamos en la cuenta de que no es tan idílico, como podría parecer, el ambiente de la Última Cena, de aquella Cena con los amigos en la fiesta de la Pascua. Un texto nos subraya la idea de que Cristo instituye la Eucaristía “en la noche en que iba a ser entregado” (1 Cor 11,23), y en esa Cena anuncia la traición de uno, la negación de otro, la dispersión y el abandono de todos; sufre la soledad de la



incomprensión de los discípulos que aún siguen discutiendo quién es el mayor... Pues en este contexto de sufrimiento y de ruptura, tu amor sigue triunfando sobre todos los obstáculos, y te entregas a nosotros, primero en la Eucaristía y después en la Cruz.

Con razón la Eucaristía ha sido interpretada por toda la tradición cristiana como el Sacramento del amor. Decía San Agustín: “La Eucaristía es sacramento de amor, signo de unidad, vínculo de caridad”. Y San Bernardo: “La Eucaristía es ese amor que sobrepasa todos los amores en el cielo y en la tierra”. Y Santo Tomás: “La Eucaristía es el Sacramento del Amor: significa Amor y produce Amor”.

Y nosotros, hoy, en este río de la tradición cristiana que lleva ya corriendo más de veinte siglos, queremos escuchar la invitación a vivir – contigo y como tú– la experiencia de ese amor hasta el extremo que es lo que se realiza en la dinámica de la Eucaristía.

La Eucaristía es el signo sacramental de la presencia real –ya resucitado– en el pan y en el vino para ser nuestro alimento. Y esta presencia expresa su entrega que se realiza mediante el signo del pan que se parte y de la comida compartida en la solidaridad, el silencio y el amor.

Y, como quieres que la comunidad viva esas mismas actitudes tuyas, das a tus discípulos el mandato de repetición: “Haced esto en memoria mía” (Lc 22,19) Seguid repitiendo este mismo rito de partir el pan en una comida compartida para que yo me haga presente entre vosotros. Pues, sobre todo, vivid todos los días estas mismas actitudes de amor, de servicio y de entrega que se ponen de relieve en cada celebración. Cada vez que comulgáis entraréis en comunión conmigo y también con los hermanos, y os comprometeréis a darle el mismo “sí” al hermano que me dais a mí, a ser en el mundo constructores de fraternidad y signos de mi amor, porque de verdad vivid mi mandamiento: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado (Jn x)

Se termina la Cena y sales animoso hacia el Huerto de los Olivos. Nosotros también le acompañamos y somos testigos de la agonía y de la

oración al Padre. Nosotros también le acompañamos y somos testigos de la agonía y Det. Oración al Padre. Nunca, Jesús, te hemos sentido tan cercano a nosotros: tienes miedo y tristeza y angustia ante lo que parece ser que se avecina. Y abres tu corazón al Padre con toda esperanza: “Abba, Padre, pase de mí este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero sino lo que quieras tú” (Mc 14,36) Tu oración es modelo para la nuestra: podemos quejarnos al Padre, exponerle nuestros deseos y nuestras peticiones, pero siempre, hemos de terminar aceptando su voluntad: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,42) Hasta el final, Señor, has mantenido lo que ha sido todo el ideal y la motivación de toda la vida: “Mi alimento es hacer la voluntad del Padre” (Jn 4,34) Que tu ejemplo, Señor, sea la fuerza en que nos apoyemos para hacer nosotros lo mismo.

Y con ese abandono en el Padre te adentras en la Pasión.

¡Cuántas cosas nos enseñas, Señor, en estas últimas horas de tu vida”.

En estos días que se avecinan vamos a recorrer contigo todas esas horas. Te vamos a acompañar en tu camino al Calvario vamos a escuchar las últimas palabras que nos diriges desde la Cruz.

Ya, desde ahora, te pedimos que no la vivamos superficialmente: que nos unamos a ti desde lo más profundo de nuestros corazones, y hagamos nuestros todo el dolor de tantos hombres y mujeres en los que sigues sufriendo hoy. Que todo ello nos ayude a dar un paso más en tu seguimiento, en ese proceso de identificación contigo que debe ser nuestra vida. Ojala algún día podamos decir con San Pablo: “Estoy crucificado con Cristo y vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20)

Sólo queremos, Señor, que nos repitas ahora las palabras que dirigiste a tu Madre, dándonosla por Madre también a nosotros: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19,26).

“Ahí tienes a tu Madre” Esa es tu Madre, la más pura, la más bella, la más amable de todas las criaturas. Esa es la Madre: la que se compadece de todas las miserias, la que socorre todas las necesidades. Yo quiero que sea esa también tu Madre.

Todos sus dolores te pertenecen, Alíviase los, amándome. Todas sus lágrimas son tuyas. Recógelas en tu corazón para que lo purifiquen, para que lo rieguen, para que lo fertilicen. Toda su hermosura es para envolverte, para protegerte, para salvarte, a ti, por quien su Jesús murió.

Ahí tienes a tu Madre. Ámala porque es mi Madre. Ámala porque quiere serlo tuya. No temas, no dudes en acercarte... Échate en sus brazos... y ella te recogerá en su corazón.

Después de escuchar a Jesús, mirémosle a Ella, serena, primero al pie de la Cruz y ahora acompañando al Hijo, esperando que José y Nicodemo lo depositen en sus brazos.

A la vez que acoge al cadáver de Jesús, acoge también a todos los hijos de todas las madres, muertos de cualquier manera: al hijo muerto por el terrorismo, al que murió de hambre o de sida o al cruzar el Estrecho; al que mató una bala enemiga y al que murió por una sobredosis o por una droga adulterada. Y al niño a quien no dejaron ver lo bonita que es la vida y al que tiraron al basurero, recién llegado a la tierra.

Acógenos, también, a todos nosotros y ayúdanos a caminar siempre siguiendo a tu Hijo.

Tú lo acompañaste a lo largo de todos sus caminos, silenciosa y sin hacerte notar: unas veces gozabas escuchándole hablar del Padre y del Reino, y viendo cómo el pueblo lo seguía entusiasmado; otras sufrías cuando lo tenían por loco y cuando lo buscaban para matarlo. Hoy lo acompañas de forma patente y manifiesta: Tú y el grupo de mujeres fieles no lo abandonaréis en el momento supremo. No podéis nuestros corazones se rompan por el dolor.

Madre, esta noche queremos traer a nuestra presencia, de tu Hijo y tuya, a tantos jóvenes –ellos y ellas– que andan despistados sin saber dónde poner su amor, que se dejan arrastrar por la corriente que, la mayor parte de las veces, los lleva a su propia destrucción.

Tú, Madre, que siempre te dejaste seducir por el Espíritu Santo, invoca sobre ellos su luz y su fuerza para que, como tú, se abran siempre a la Palabra de Dios y, como tú también, sepan decir “sí” a lo que Dios les vaya mostrando.

Y tú, Jesús, hazte presente en sus vidas: que sientan deseos de conocerte y se pregunten como los primeros discípulos: “Maestro, ¿dónde vives? (Jn 1,38) y tú les contestes: “Venid y lo veréis”. Y que vengan: que se postren ante tu imagen, que se arrodillen ante el Sagrario, que te adoren en la custodia... y que caigan en la cuenta de que ese amor hasta el extremo que sientes por todos les ha traído hasta aquí.

Que se aficionen a leer el Evangelio, esa Buena Noticia de amor a los hombres, que los hagas conocerte con ese conocimiento interno que pedía San Ignacio en los Ejercicios: un conocimiento que vaya desde lo más profundo del tuyo. Y se hará posible lo que dice la canción: “Es imposible conocerte y no amarte, es imposible amarte y no seguirte. Me has seducido, Señor”. Y que ese seguimiento les lleve a una vida cristiana que sea coherente con su fe.

Y también queremos pedirte por los que ya te han encontrado, pero no saben todavía dónde quieres tú que empleen esa vida y esos dones que tú les has dado.

Para unos y otros te pedimos, Señor, que les des tu luz y tu fuerza para que se planteen seriamente cómo van a seguirte: o como laicos comprometidos en su vida familiar, social, laboral; o como consagrados en la vida religiosa en la que, profesando los consejos evangélicos y “movidos por la caridad vivan más y más para Cristo y su cuerpo que es la Iglesia” (Vat. II: P.C. 1); o como sacerdotes en su ministerio de servicio a la comunidad cristiana.

Sólo nos queda ya, Señor Cristo de la Caridad, decir lo que nos dice el Evangelio (Jn 19,37) citando al profeta Zacarías: “Mirarán al que traspasaron”.

Te hemos mirado durante toda la noche, pero queremos que, al final, nuestra mirada sea más intensa y vaya cargada con todo lo que llevamos en el corazón. Que sea una mirada, ante todo, arrepentida, una mirada también agradecida; una mirada enamorada y siempre llena de fe.

Nuestra mirada no ha de ser lejana, desde fuera, sino íntima, mirada de comunión y participación. Queremos mirarte con tanto amor que nos unamos a ti y nos comprometamos contigo. A esto estamos llamados, “a la comunión en sus padecimientos, hasta hacernos semejante a Él” (Flp 3,10) Esta mirada amorosa, que se fija en ti, nos llevará a mirar del mismo modo a los hermanos crucificados. Son tus retratos vivos. Yo los miraré con compasión, me acercaré a ellos, y me esforzaré por aliviar su dolor.

Y ahora, Señor, espero que tú también nos mires. Tú mirada es más importante que la nuestra. Si tú nos miras nos darás la vida; si tú nos miras ya no se irá la luz de nuestra vida.

Míranos, Jesús, para sentirnos perdonados. Puede que tu mirada nos haga llorar como a Pedro, pero es garantía de perdón, de amor reconciliado.

Míranos para sentirnos amados. En tu mirada se encierra toda la compasión, toda la ternura, toda la generosidad de Dios.

Tu mirada es suficiente para sentirnos dichosos y definitivamente salvados. Guardaremos tu mirada en nuestros corazones, para que no se nos olvide. Siempre Tú nos estás mirando siempre así. Donde quiera que vayamos sintamos que no acompaña tu mirada penetrante y luminosa. Sintamos que, en cualquier lugar que estemos, nos envuelve tu mirada de amor.

Nuestra Meditación toca a su fin, pero antes de irnos tenemos que decirte, aún, una cosa: queremos que estas celebraciones, que todos nuestros actos de culto, sean expresión de nuestra fe y de nuestro amor, Cristo de la Caridad, de nuestro amor a ti y a los hermanos y, a la vez, que sea una ocasión de realimentar nuestro amor para que, a lo largo de toda nuestra vida y en todos los ámbitos en que nos movamos, seamos tus testigos, y todo el mundo vea que procuramos hacer realidad tu mandamiento: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”.

Sólo me queda decirte, Señor, lo que siento en este momento: es lo que dice la canción:

Qué bueno es estar aquí, en silencio,  
sintiendo tu presencia nada más.  
Sabes que yo te miro y tú me miras,  
sabes que tú me entiendes sin hablar.